

TIEMPO DE MEMORIA

Gerald Brenan

AL SUR DE GRANADA

Un inglés en La Alpujarra



TUSQUETS
EDITORES

GERALD BRENAN
AL SUR DE GRANADA
Un inglés en La Alpujarra

Traducción de Eduardo Chamorro y Jesús Villa

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *South from Granada*

1.ª edición en Fábula: noviembre de 1997

4.ª edición en Fábula: octubre de 2002

1.ª edición en Tiempo de Memoria: septiembre de 2003

1.ª edición en esta presentación: noviembre de 2023

© The Estate of Gerald Brenan, Cambridge, 1957

© de la presentación: Carmelo Lisón Tolosana, 2023

© de la traducción: Eduardo Chamorro y Jesús Villa, 2023

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-367-7

Depósito legal: B. 17.029-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Presentación, <i>Carmelo Lisón Tolosana</i>	9
Al sur de Granada	
Prefacio	23
1. Llegada y descubrimiento	29
2. La Alpujarra	41
3. Amigos y vecinos	51
4. La visita de Lytton Strachey	61
5. Amor y política	75
6. El calendario aldeano	95
7. Escuela e iglesia	109
8. La feria de Ugíjar	125
9. Albañiles y animales	135
10. Creencias y rituales	149
11. El escocés solitario	169
12. Los alimentos y los fenicios	183
13. La visita de Virginia Woolf	201
14. Las altas montañas y Guadix	219
15. Un capítulo de historia	243
16. Almería y sus burdeles	265
17. Almería y su arqueología	291
18. Granada en los años veinte	311
19. Noviazgo y matrimonio	327
20. Los últimos años en Yegen	347
21. Epílogo	363
<i>Fotografías</i>	[264-265]

1

Llegada y descubrimiento

Fui a España por primera vez en septiembre de 1919. Acababan de licenciarme del ejército y buscaba una casa en la que pudiera vivir una temporada, lo más larga posible, con los ahorros de mi paga de oficial. Escasos eran mis estudios, ya que los conocimientos de la vida moderna que uno adquiere durante la enseñanza secundaria son muy pobres, y la guerra había dejado en mí poca afición por las profesiones corrientes. Antes de decidir lo que iba a hacer, deseaba pasar unos años leyendo los libros que había reunido, inmerso en el modo de vida mediterráneo. No obstante, el hecho de que eligiese España en vez de Grecia o Italia no fue porque albergara ningún sentimiento especial hacia ella. Casi todo lo que sabía sobre este país se reducía a que había sido neutral durante la guerra y, por tanto, imaginaba que la vida resultaría allí barata. Para mí esto era esencial, pues cuanto más consiguiera que me durara el dinero, más tiempo podría gozar del ocio.

Mis primeras impresiones tras desembarcar en La Coruña fueron descorazonadoras. Pasé unos cuantos días recorriendo Galicia y luego viajé por la meseta en un tren mixto que se detenía durante diez minutos en todas las estaciones. A medida que nos arrastrábamos por aquella infinita extensión amarillenta me sentía penosamente sorprendido por la desnudez y la monotonía de la región. Ni un arbusto, ni un árbol, y las casas, de adobe, eran del mismo color que la tierra. Si toda España iba a ser así, no veía posibilidad de establecerme en ella. Cuando llegué a Madrid comenzó a llover a cántaros.

Además, caí en las garras de dos arpías, dueñas de una casa de huéspedes. Me exigían pagar cada comida por adelantado, no me quitaban ojo mientras comía, y me arrebataban el plato antes de que hubiera terminado, para engullir ellas los restos en la cocina. Sus ojos tenían el brillo acerado de quien no ha comido durante un mes. Comenzó a llover de nuevo no bien llegué a Granada. Vi la Alhambra a través de una llovizna persistente y me pareció vulgarmente presuntuosa y enlodada, como una gitana sentada bajo un seto empapado. ¿Así que éste era el fabuloso palacio oriental de las postales?

La gente también me desilusionó. Esperaba encontrarme con hombres envueltos en largas capas, con la daga al cinto, y mujeres en posturas goyescas luciendo mantillas y peinetas. Lo que vi fue una raza sombría y paticorta que caminaba presurosa bajo los paraguas o charlaba a gritos hasta las dos de la madrugada. Ni siquiera parecían amigables. El único español con el que me relacioné fue el hijo del dueño del *corralón** (versión andaluza del *forldak* árabe) cercano a la estación, en el que me hospedé. Era inválido y, como no podía trabajar, pasaba las mañanas entregado a la autodidacta labor de aprender alemán: el idioma del futuro en su opinión. Me ofrecí a darle unas pocas lecciones, a cambio de las cuales me comentó que la esperanza de España descansaba en la maquinaria agrícola y en la industrialización, y que en pocos años ambas serían introducidas en el país por técnicos alemanes. Parecía ser un socialista confiado en una cercana revolución mundial difundida desde Berlín.

Quienes hayan estado en Granada sabrán de la existencia de una elevada cadena de montañas, Sierra Nevada, situada inmediatamente al sur y con nieves perpetuas. Al otro lado de estas montañas, entre ellas y el mar, existe una fran-

* Las palabras en castellano y en cursiva figuran así en el original. (*N. de los traductores.*)

ja de terreno bien regado y tachonado de aldeas, que lleva el nombre de La Alpujarra. Había elegido sobre el mapa esta región porque creía que con toda probabilidad hallaría en ella un lugar adecuado para instalarme, de manera que me preparé para ir allí. Compré uno de esos sombreros sevillanos de rígida ala negra, ya que imaginé que me haría menos conspicuo, metí unas cuantas cosas en una mochila y, en cuanto cesó de llover, me puse en camino.

Mi plan consistía en hacer un recorrido hacia el oeste, en dirección a Málaga, y abordar La Alpujarra por el lado opuesto. También allí, en la Axarquía, encontraría aldeas encaramadas sobre el mar y quizás una de ellas se adecuara a mis propósitos. Pero no había tomado en consideración los problemas que el mapa planteaba. El único disponible era el *Mapa Provincial*, una hoja pequeña, pavorosamente coloreada y del tamaño aproximado de un pañuelo grande, destinada mayormente a servir a los oficiales como mapa de referencia. Estaban marcadas las aldeas, aunque no siempre en su situación correcta, pero no aparecían las montañas y daba una idea esquemática de los ríos y arroyos. No necesito hablar de las carreteras, pues pocas habían sido construidas en aquella época y la mayor parte de mi trayecto lo realizaría por caminos de herradura.

Después de almorzar me puse en marcha; dejé atrás un par de aldeas; comenzó a llover. La carretera era un ancho sendero —los pies se hundían hasta el tobillo en el barro, pues en aquella época ninguna de las carreteras andaluzas estaba pavimentada—, que se extendía ante mí y se perdía en un lejano horizonte de montañas. Sobre mi cabeza se movía lentamente un cielo de nubes esponjosas y a ninguno de los lados había nada salvo una llanura ondulada y sin árboles, de un rojo ladrillo, plagada de polvo y de rastros. Dejé atrás unas carretas entoldadas tiradas por una recua de seis o siete mulas, con un burro como julo. Los hombres voceaban y hacían restallar sus látigos, y los animales se hundían más y más en su esfuerzo por arrastrar las ruedas

en medio del barro. Cayó la noche; brillaron inesperadamente las estrellas. Los grillos comenzaron a cantar y al rato divisé las luces de Ventas de Huelma y pude oír el ladrido de los perros.

El *parador* era un sencillo edificio encalado, con una enorme entrada. Una vez atravesada ésta, me encontré en un zaguán abovedado, blanco y espacioso, que empezaba en un *descargado* o sitio empedrado destinado a descargar, por el que se llegaba a las cuadras, y después, formando ángulo recto con la entrada, se transformaba en una especie de cocina embaldosada. Colleras y otros arreos de cuero colgaban de las paredes; al fondo había una chimenea de campana. Había allí dos mujeres, con pañolones rojos sobre sus ajados vestidos negros, que removían una marmita. A corta distancia de las mujeres, y sentados a lo largo de las paredes, estaban unos muleros en hosco silencio, a los que me uní, sentándome en una silla desocupada. Esperamos. Por fin, y cuando ya había perdido casi toda esperanza de obtener algo que comer, sacaron una mesa baja, en la que colocaron un plato de arroz con *bacalao*, y acercamos nuestras sillas. No había platos. Los hombres, con el sombrero bien encajado en la cabeza, afirmando así su igualdad ante cualquiera, al estilo de los nobles españoles que tenían el privilegio de permanecer cubiertos ante el rey, fueron eligiendo su porción en la cazuela, y tras invitarme a mí y a todos los demás a hacer lo mismo, hundieron en ella su cuchara con gran solemnidad y comenzaron a comer. Así continuaron hasta consumir su ración. Entonces cada cual dejaba su cuchara sobre la mesa y, en cuanto terminaban los demás, se levantaba y la lavaba en la tinaja y volvía a metérsela en la *faja* de franela roja, donde siempre la llevaban. Por primera vez desde que desembarqué sentí afecto hacia la gente de este país, que sabía combinar de manera tan admirable la simplicidad con los buenos modales.

Tan pronto como terminó la cena, los hombres liaron y encendieron sus cigarrillos, y tras echar una última ojeada a

sus animales, se tendieron sobre los jergones, que estaban apilados en un rincón de la habitación, y se cubrieron con mantas. Lo mismo hice yo, y descubrí que el cocear y resoplar de las mulas y los burros constituyen un buen somnífero. Al rayar el alba nos levantamos todos. Los muleros pusieron los arreos a sus mulas y, después de tomarse una buena copa de anís, emprendieron la marcha por la carretera principal, recta y pelada, mientras que yo tomaba un quebrado sendero que me desviaba hacia la izquierda. Tenía ante mí una larga caminata, pues me proponía cruzar la cadena costera y dormir en una aldea situada en el lado opuesto, denominada Sedella, en la que había oído decir que había una buena *posada*.

Mi camino discurría por un paisaje devastado hacía treinta años por un terremoto. Era un territorio accidentado, estéril, quemado por el sol, de color dorado pálido, moteado por irregulares chafarrinones de chaparros y cardos. Dejé atrás dos aldeas —poblados construidos de tapial, miserables y ruinosos—. Al abandonar la segunda, me encontré con una persona. Era un joven medio imbécil que custodiaba una piara de cerdos negros y que, cuando le dirigí la palabra, agitó los brazos en mi dirección e inició un parloteo incomprensible. A esas alturas, y pese al esfuerzo por seguir el mapa, me había perdido. El sendero ascendía primero por una ladera de rocas peladas y pedrizas, salpicada de encinas enanas. En el valle pedregoso que se extendía a mis pies las hojas de los escasos chopos se habían tornado amarillas, y en la distancia, aquí y allá, se divisaban cortijos solitarios, cobijados tras las tapias construidas para defenderlos de los bandoleros. Hacía mucho calor y los esquistos de mica de las rocas altas brillaban amenazadores.

Cuando al cabo, y tras mucho trepar, alcancé la última cresta, me encontré en Sierra Tejada, un macizo de rocas estrato-cristalinas a casi dos mil metros de altura sobre el nivel del mar. El sol ya teñía el horizonte. Podía percibir las aldeas de la distante Axarquía, extendida a mis pies, de las que

ascendían ligeras columnas de humo que se disipaban rápidamente. A esta altura parecían salpicaduras de pintura blanca sobre el tenue rojo de las onduladas colinas que, a manera de dedos, surgían del bloque rocoso, para caer en el mar en una sucesión de conos, ondas y redondeadas protuberancias. Más allá, muy distante, flotando en la neblina, descansaba la costa de África.

Desde abajo, en la ladera, llegó a mis oídos un tintineo de esquilas. Al asomarme vi, allí donde se desplegaba la escarpada ladera, unos rebaños de cabras y ovejas. Sus pastores, nítidamente recortados a la oblicua luz del ocaso, caminaban detrás de los animales con las capas al hombro. Una persona más sensata se les hubiera acercado y hubiera requerido su hospitalidad para pasar la noche, pero yo estaba empeñado en alcanzar el pueblo. Así pues, comencé a salvar a saltos los afilados bordes y desmontes, para subir luego, serpeando a toda prisa, los últimos repechos. Rápidamente se hizo de noche, y al poco tiempo, lacerado, magullado y empapado en sudor, llegué a Sedella. Aquí me encontré con que la buena posada que me habían recomendado ya no existía. Me vi forzado a instalarme en otra, donde una vieja, refunfuñando por tener que interrumpir el sueño, me frió un par de huevos en aceite rancio y me mostró una cama en la que, hasta el amanecer, me devoró un ejército de chinches. ¡De manera que esto era España! Sentí que, al fin, empezaba a conocer el país.

La Axarquía es una región de colinas altas y redondeadas e intrincados valles donde se cultiva la vid. Aquí se cosecha la uva moscatel con la que se elabora el famoso vino dulce de Málaga. El mar se extiende a los pies de la Axarquía como un tapete de seda, pero los únicos árboles de la región son la higuera y el almendro, y yo buscaba una tierra mejor regada y más variada. De manera que, tras aguardar a que me zurcieran mis desgarrones, bajé a la carretera de la costa y torcí hacia el este, hacia Motril. Pero antes de llegar a este lugar, que domina la entrada a La Alpujarra des-

de su lado sudoccidental, fui víctima de un ataque de disentería.

Continuar la descripción detallada de mi búsqueda de una casa resultaría tedioso. La disentería deja la mente embotada para toda impresión; además, no es mi deseo entrometerme en un terreno que Graham Greene ha explorado de manera exhaustiva en el libro de sus viajes por México. Contentémonos con decir que durante las semanas siguientes me impuse la obligación de continuar mi camino, aguijoneado por el miedo a estropear con demasiada rapidez mi precario equilibrio bancario si me detenía a descansar y recibir tratamiento médico. De esta suerte visité las treinta aldeas, más o menos, de La Alpujarra occidental —las situadas entre Padul y Órgiva y las que se encuentran entre Cástaras y Trevélez, altas e inaccesibles— sin encontrar una casa adecuada que alquilar. Descorazonado y cada vez más enfermo, me encontré una tarde en una aldea de la cadena costera denominada Murtas. Allí, en una posada llena de chinches en la que el único alimento consistía en un arroz aceitoso cocinado con el bacalao más nauseabundo, mi enfermedad llegó a su punto crítico. Era evidente que debía hacer un alto en el camino, y al día siguiente encontré una posada tolerable, casi sin insectos, en Ugíjar. Es Ugíjar una pequeña ciudad, situada al fondo de un valle poco profundo, capital administrativa o *cabeza de partido* de La Alpujarra occidental.

Esta región me agradó más. Órgiva está situada en una profunda depresión entre montañas, y los pueblos, medio ocultos entre los naranjales y olivos de largas ramas, están cerrados y sin horizontes. La Alpujarra oriental, que se inclina hacia Almería más que hacia Granada, es más abierta. Ugíjar, con su valle de álamos y sus rojos farallones, me pareció un lugar encantador. Hacia el norte pude ver, a lo largo del flanco de Sierra Nevada, una hilera de pueblos rodeados de olivares y árboles frutales. Y, evidentemente, dominaba el paisaje hacia el sur. Tras un día o dos de descanso me puse a

explorar estas aldeas y rápidamente di con dos que contaban con casas de alquiler. Una se llamaba Mairena y, la otra, Yegen.

Mairena era una localidad habitada mayormente por gitanos. A pesar de mi admiración por Borrow, estas gentes suscitaron en mí escaso interés. Deseaba vivir entre españoles. Era también una aldea aislada, por lo menos a una hora de camino de cualquier carretera. Yegen, por otro lado, tenía una carretera, y eso le proporcionaba un aspecto más habitable. Uno puede caminar de día o de noche a lo largo de una carretera sin temor a perderse. Además, el lugar tenía algo que me resultaba atractivo. Era una aldea pobre, elevada sobre el mar, frente a la que se extendía un vasto panorama. Sus casas grises de formas cúbicas, como un gastado estilo Corbusier, en rápido descenso por la ladera de la colina y pegadas unas a otras, con sus tejados de greda, planos, y sus pequeñas chimeneas humeantes, sugerían algo construido por insectos. Contaba, asimismo, con abundante agua, que fluía a lo largo de la ladera por acequias de riego y descendía a veces a través de las calles y movía un par de molinos. Pero la casa también tenía que agradarme, y afortunadamente así fue. Era una casa de forma irregular e incoherente, flanqueada por dos casas más pequeñas, e incluía unas nueve habitaciones en la primera planta, así como dos espaciosas *azoteas* o áticos habitables. La planta baja, que se reservaba el dueño, se utilizaba para granero y establos. Pero la renta exigida —doscientas pesetas anuales— era más de lo que yo podía permitirme. A fin de investigar más a fondo algunos pueblos que había dejado atrás —había uno llamado Nigüelas que me atraía especialmente— y con la esperanza de encontrar algo más barato, eché de nuevo a andar hacia Granada, aquejado por mi dolencia, que alcanzaba sus peores momentos. Cuando regresé, quince días más tarde, la renta exigida por la casa de Yegen había descendido hasta ciento veinte pesetas, que en aquella época equivalían a seis libras en dinero inglés. La alquilé sin más.

El propietario, don Fadrique, la arrendaba en circuns-

tancias trágicas. Su única hija acababa de morir y él se iba a vivir con la familia de su esposa en las cercanías de Granada. Pero no podía entregarme la casa hasta Año Nuevo. De manera que tenía que esperar casi dos meses hasta que me pudiera instalar, y decidí pasarlos en Málaga, donde mediante el descanso y una dieta estricta esperaba verme libre de mi disentería y, con ella, de la debilidad y desánimo que había hecho mi viaje tan penoso. Me puse en camino por la todavía inacabada carretera de la costa, compraba sobre la marcha queso, pan y naranjas y dormía en las playas. Como mi estado de salud no me permitía hacer largas caminatas, tardé cinco días en cubrir los doscientos nueve kilómetros.

En Málaga alquilé un aseado dormitorio, anteriormente ocupado por un marino noruego, cerca de la plaza de toros. Tras la dura vida de los pueblos era un placer encontrarse de nuevo en una gran ciudad mediterránea. Me pareció una ciudad llena de contrastes. En la cima de un desmoronado altoplano devorado por la luz amarilla, en el castillo moro, pululaban mendigos y gitanos, que habían excavado sus cuevas en los muros, y se dedicaban a despiojarse los unos a los otros, sentados al sol, envueltos en las vaharadas que desprendían las flores de azahar de los naranjos y los excrementos secos. Los chiquillos menores de doce años corrían desnudos. Luego, si uno bajaba hacia el Parque, a un tiro de piedra, la escena cambiaba por completo. Las victorias de la aristocracia madrileña paseaban arriba y abajo —por aquella época Málaga estaba de moda como estación de invierno— y los lustrosos y tintineantes caballos y las centelleantes ruedas avanzaban bajo el entramado de los plátanos. Podía uno sentarse en cualquiera de los bancos de piedra y observar a los que pasaban. Las jóvenes de la clase media, tocadas con peinetas y mantillas de blonda negra, paseaban con andares de modelo y recogían las admirativas miradas de los hombres con los que se cruzaban. El peinado podía resultar rústico o elegante, pero en todos los ojos había un brillo excitante y muchos de los rostros eran adorables.

Me dediqué un día o dos a la contemplación de la ciudad, pero luego sucedió algo desagradable. Siempre he sido descuidado con mi presupuesto, y a causa de algún error de cálculo las pesetas que esperaba recibir no llegaban. Durante más de una semana estuve sin blanca. Mi patrona me daba todas las mañanas un trozo de pan y un tazón de café, y con esto y unas naranjas que compré con mis últimos peniques me mantuve. Para hacer mi situación más exasperante, encontré en correos una carta de un viejo amigo de mi familia. Estaba pasando el invierno en Málaga, en el Hotel Regina, y me invitaba a instalarme en él como huésped suyo y, si el estado de las carreteras lo permitía, a hacer algunas excursiones en coche a Sevilla y otros lugares de las inmediaciones. Pero yo sólo tenía un traje negro de pana, alpargatas de cáñamo y un sombrero sevillano; él era un hombre muy correcto —el vestido tenía en aquella época un significado casi religioso—, y con aquel atavío me era imposible presentarme ante él. Más aún, el miedo a encontrármelo accidentalmente llegó a convertirse en una obsesión tal que opté por salir todas las mañanas a pasear por la playa, más allá de los barrios pesqueros y del distrito industrial de Huelín, y pasarme los días junto al mar, sumido en un sombrío estupor. Sobre la arena grisácea las olas resonaban con melancolía, el humo de las fábricas se remontaba lentamente, como si el uno y las otras tuviesen en cuenta a los que están con el estómago vacío.

Al fin llegó mi dinero. Pude disfrutar de una buena comida y —cosa de similar importancia— comprar algunos libros. Cuando los hube leído, decidí que había llegado el momento de abandonar Málaga. Elegí unas cuantas cosas en una tienda de antigüedades y tomé el tren hacia Granada. Allí, tras comprar algunas cerámicas más —la porcelana Fajalauza, con sus pálidos dibujos de pájaros y flores en azul, había adoptado recientemente sus actuales colores crudos y sintéticos—, continué hacia Ugíjar, en autobús y mula.

La Navidad se había echado encima. Los muebles que ha-

bía mandado confeccionar a un carpintero estaban listos. Había traído de Granada mi maleta, de manera que tenía algunos libros para leer. Los últimos días de espera los pasé sentado bajo los naranjos, con un ejemplar de la *Ética* de Spinoza, y cuando éste se mostró demasiado absorbente, con la *Historia de Grecia*, de Bury. Los días de aburrimiento pasados en los campamentos y trincheras me habían llenado de ansias de saber, y las primeras tareas que me había impuesto para cuando me estableciera eran aprender algo de filosofía y estudiar griego. Me sentía avergonzado de tener veinticinco años y no haber leído más que unas pocas novelas y algo de poesía.